

Prefacio de fr. Agostino Gemelli ofm al libro de Irma Corsaro "Armida Barelli".

(Editorial: Vita e pensiero)

Este no es una introducción para presentar a la autora o para alabar el trabajo; este es un testimonio que creo que tengo el deber de hacer públicamente para ayudar a que se conozca a Armida Barelli y cuanto ha realizado. Quizás nadie pueda dar este testimonio de manera más completa que yo, porque tuve la gracia de colaborar con ella en numerosas obras, todas hechas para dar gloria a Dios y por el bien de las almas; este trabajo de colaboración asidua, que duró ininterrumpidamente durante muchos años, me dio la oportunidad de conocer sus pensamientos y sentimientos y de juzgarla por los motivos de sus acciones.

Después de la muerte, muchas personas me hablaron o me escribieron, instándome a pedir a la autoridad eclesiástica que comenzara el proceso informativo sobre sus virtudes. Todavía no he decidido dar este paso, aunque las invitaciones fueran acreditadas, sin embargo numerosas fueron las exhortaciones de ilustres y venerables prelados y los testimonios recibidos de todos lados, y no sólo de Italia, en el día posterior a la muerte de la compadecida señorita. me pareció apropiado esperar. Lo hice después de seguir el consejo de personas dignas; el tiempo es un gran juez; si este consenso unánime de testimonios continuará, será necesario ver en él la indicación de Dios, recopilarlos y presentarlos a la autoridad eclesiástica para decidir qué lo que se tiene que hacer en honor a Dios.

En la espera he aquí mi testimonio.

Los que han conocido a Armida Barelli en los últimos años de su vida pudieron ver que ella se había dado una norma de vida a la que se adhería fielmente y pudieron ver que cada pensamiento expresaba, cada una de sus acciones, palabras, gestos revelaban la firme intención de servir a la Iglesia, de hacer amar a Jesucristo, de apresurarse a ayudar, pero discreta y modesta, al servicio de cualquiera que le pidiera algo. Todos tuvieron la oportunidad de ver su gran amor por el Papa, por los Obispos, por las obras de la Iglesia. De una manera especial, notaron su celo por las almas que cayeron en culpa o víctimas de la tentación. Sus grandes amores fueron la Acción Católica, y especialmente la Juventud Femenina que ella fundó, promovió y cuidó; la Universidad Católica del Sagrado Corazón, que dio a conocer, amó y ayudó, y en el gobierno de la cual era una llama ardiente; la Obra de la Realeza, que recibió la herencia de la Obra de la consagración de los soldados al Sagrado Corazón y que trató con celo de promover el apostolado litúrgico y ascético. Y omito recordar otras obras o iniciativas, algunas de las cuales deben permanecer a la sombra discreta del secreto de Dios, otras aparentemente de menor importancia, pero también realizadas para la gloria de Dios y el servicio de la Iglesia.

Armida Barelli incitaba a todos a amar el Sagrado Corazón de Jesús, a tener devoción a él y propagar su culto; enseñaba a tener plena y filial confianza en la Virgen y a repetir: "Mater mea, fiducia mea". Los muchos que se dirigían a ella siempre fueron ayudados;

incluso los molestos, los importunos, los descarados; pero especialmente satisfacía a los pobres y los humildes; todos fueron recibidos con una sonrisa acogedora o al menos una buena palabra. Podría seguir y seguir durante mucho tiempo para enumerar los aspectos virtuosos de la vida de Armida Barelli, si no fuera mejor enviar al lector a la buena biografía, que Irma Corsaro escribió con amor inteligente.

Lo que quiero decir (y como testimonio ciertamente tiene una gran importancia) es que Armida Barelli no nació excepcionalmente virtuosa, sino que se hizo; desde muy temprana edad, no era una criatura de extraordinaria vida interior, sino que poco a poco, como don de gracia y fuerza de voluntad, se formó en ella una personalidad poco común, una mujer de celo incansable, de sacrificio sonriente, de aceptación confiada de la grave prueba con la que Dios quiso poner fin a su vida, que muchos conocieron y admiraron. En resumen, ese heroísmo en la acción y el sufrimiento, que brilló especialmente en sus últimos años, fue un punto de llegada, conquistado con un largo trabajo interior asiduo y nunca interrumpido.

En los primeros años en que la conocí, me dijo varias veces que en el colegio de Menzingen un sacerdote le había enseñado un proverbio alemán, que dice que quien no progresa, no se detiene, sino que vuelve atrás, y que este le había enseñado, de niña, tan impresionada, que se dio cuenta a partir de entonces de la belleza de la perfección espiritual, aunque estaba muy lejos. Ahora me parece que puedo testificar que la intensa vida interior, la plena dedicación lograda en los últimos años fue el fruto de un largo trabajo ascético en el que hubo la ayuda preciosa de algunos santos sacerdotes.

* * *

Conocí a la señorita Barelli el 11 de febrero de 1910, en la fiesta de la Virgen de Lourdes; se acercó a mí para hablarme de un hermano suyo, que más tarde se convirtió en un médico talentoso, y por quien estaba preocupada porque lo viera lejos de la Fe. Quería informarme de este hermano porque los encuentros que debería haber tenido con él fueron fructíferos. Armida Barelli era, cuando la conocí, joven y hermosa, perteneciente a una familia burguesa de Milán, en la que se regía la norma moral más rígida; al mismo tiempo, había tanto escepticismo religioso para no adherirse a la vida de la Iglesia, pero no al punto de caer en las formas de desprecio o escarnio anticlerical que eran un rasgo característico de la burguesía milanesa del siglo XIX. Es decir, las familias ricas de Lombardía, aunque eran moralmente intachables, no escuchaban las apenadas invitaciones de la Iglesia; esta actitud se debe a la situación política italiana respecto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado después de 1870 y a la propagación de los prejuicios que llevaron a creer que la unificación de Italia se formó a pesar de la oposición de los "curas". Del juicio negativo común a ese mundo se salvaron algunos sacerdotes, quienes con su comportamiento político demostraron que no adherían a la posición de pensamiento de aquellos "clérigos" que protestaban por el "prisionero del Vaticano"; un ejemplo típico es Stoppani, el gran sacerdote geólogo que para los católicos liberales lombardos representó una bandera; fue conocido y admirado en casa Barelli precisamente por sus actitudes políticas que hicieron

que sus grandes méritos científicos fueran aún más visibles. Yo guardo una pequeña estatua de Stoppani, cabeza de los sacerdotes liberales lombardos, que me fue entregada por la familia Barelli.

Y, sin embargo, en muchas familias lombardas de este tipo, crecieron jóvenes que fueron entre los primeros soldados de la Acción Católica, cuando esa comenzó a emerger de las sacristías cerradas y a florecer con las obras. Conocía a muchos de estos/as jóvenes, que se han convertido en profesionales y al mismo tiempo militantes de la Acción Católica. Y de esas familias salieron celosos Religiosos y Sacerdotes, piadosos y fieles a las enseñanzas de la Iglesia. Creo que fueron la recompensa dada por Dios a muchas familias en las que reinaba la intégerrima honestidad de las costumbres, el gran respeto y el amor por los padres, la bondad del alma. Armida Barelli fue una de las muchas flores que salieron de estas familias. De hecho, ella no vio a su padre cerrando su vida de una manera cristiana y sufrió mucho por ello; ella asistió a su madre con extrema dedicación en los dolores y pruebas que la llevaron a la ferviente vida cristiana; pudo ejercer una influencia benéfica sobre hermanos, hermanas y parientes; todo esto se debe, inicialmente, al hecho de que, habiendo crecido en un ambiente familiar muy moral, hubo dentro de la familia la premisa necesaria para construir su fuerte personalidad religiosa, que Dios formó a través de pruebas, dolores, amarguras, pero también de gozos, y sobre todo a través de la obra de sacerdotes, obispos, cardenales, pontífices que la amaron y le prestaron su ayuda porque fueron alentados a hacerlo por la simplicidad y la espontaneidad de su alma.

Esta fue la característica natural más evidente de Armida Barelli. Una simplicidad don de Dios, pero también resultado de la educación en su propia familia. Cualquiera que la conociera se sorprendió de inmediato por el alto grado de esta su dote, que hizo que todas sus actitudes parecieran espontáneas y naturales. Su ánimo era tan simple que a veces con sus hermanos, y con la complaciente complicidad de su madre, me burlaba de ella, haciéndole creer hechos improbables, que ella aceptaba como verdaderos porque los narraba un Religiosos, que solo podían decir la verdad; las bromas siempre terminaban con el cuento del burro que volaba en la plaza. Pasó poco tiempo y, afortunadamente, inconsciente pero coherente consigo misma, daba nuevas pruebas de su simplicidad habitual, que no era una estupidez, sino una consecuencia de franqueza extrema, de plena confianza en la honestidad y la palabra de los demás. Y esto siguió siendo una de sus características incluso en la vejez, incluso cuando las amarguras y las desilusiones de la vida le habían enseñado que, lamentablemente, la franqueza y la honestidad son virtudes que no son comunes a los hombres de nuestro tiempo.

Otra característica natural de Armida Barelli fue su compromiso y firmeza en la realización de las tareas que se le encomendaron. Desde el principio de nuestra colaboración, noté que me brindó una valiosa ayuda, porque asumía cada tarea con compromiso y decisión, con el objetivo de alcanzar la meta pronto y, sobre todo, con orden. Le pedí varias veces una colaboración exigente y fatigosa; una vez que aceptada (primero quería conversarse de que era una obra buena y justa y quería ver el programa de forma

clara y precisa y medir si los medios eran adecuados), trabajaba con todas sus fuerzas ininterrumpidamente, como si no estuviera cansada, sacrificando largas horas en el trabajo.

Tercer don natural de Armida Barelli: concreción positiva. Escuchar un discurso largo y genérico se aburría y no lo ocultaba; traducía un discurso basado en hechos en un esquema claro y en unas pocas fórmulas, que, con inteligencia intuitiva, construya pronto para si misma y para otros. Varias veces con ella discutimos proyectos y programas; siempre me di cuenta de que inmediatamente comprendía el meollo del asunto, coordinaba y predisponía los medios para llegar al objetivo y dejaba de lado una propuesta, aunque hermosa (cuantas personas acudieron a ella con proyectos y programas que me mostraba para pedir mi consejo), cuando intuía que no apoyaba sobre una base concreta.

Otra dote natural hubo Armida Barelli en la constante serenidad y confianza en los demás. La vi dirigir a colaboradoras poco inteligentes, o bien fantásticas, o tercas. Hubiera tenido que inquietarse, reprochar, ensobreserse. En cambio, siempre la vi serena, paciente, indulgente, compadecer, ayudar, reemplazar el trabajo suyo con aquello de otra persona sin hacer que su propia intervención pese o incluso aparezca, espontáneamente, dando el mérito para lo que se había logrado incluso a quien lo había hecho poco o mal.

Estas son las características mentales fundamentales naturales de la señorita Armida Barelli, expresión de una marcada personalidad propia, caracterizada por una voluntad iluminada y firme. No era fácil aceptar la opinión y la influencia de los demás, a menos que fueran casos de pobres, enfermos, sufridos, o incluso las almas caídas en el pecado y necesitadas de ayuda y luz. En una palabra, Armida Barelli tenía una personalidad naturalmente fuerte para una robustez interior, fuertemente coherente con ella misma, con sus propias convicciones y creencias, mantenidas firmes gracias a una fidelidad constante a los principios reguladores de la vida. Esta fidelidad se mantuvo incluso en las dificultades más arduas y en los contrastes más vivos. No había en Armida Barelli ese sentimentalismo que se observa frecuentemente en las jóvenes; sin embargo, era sensible a los efectos más puros y nobles; normalmente no revelaba a nadie las penas internas de su alma; sólo en circunstancias excepcionales se conmovía hasta las lágrimas; y esto cuando los ideales de honestidad, de fe cristiana, de bondad y de amor al prójimo, que eran el fundamento de su vida, estaban en juego o eran obstaculizados.

Las dotes naturales también son don de Dios, pero no son suficientes para hacer un cristiano santificado. Cuando conocí a Armida Barelli la admiré por estas dotes naturales; por esas la consideré mucho mejor y mucho más madura que otras mujeres de su edad; y no podía dejar de admirar su conducta cristiana coherente, sin término medio, sin respeto humano (tan fáciles en el entorno de la burguesía de la época) y por su práctica religiosa continua y constante, sin santurroneías, con alguna nota de ingenuidad que nunca perdió, fruto de una educación sólida y positiva; sin embargo, me di cuenta de como ella supo con un trabajo constante y persistente corregirse progresivamente hasta alcanzar de grado en grado una perfección interior poco común solo gracias a una voluntad ferviente, a una lucha espiritual continua, a dones de gracias excepcionales, de los cuales luego diré.

Por lo que Armida Barelli me contó sobre su infancia, su adolescencia y su juventud, confirmé el juicio sobre la solidez de la formación educativa impartida por las Hermanas de la Santa Cruz de Menzingen; he tenido la oportunidad de ver en numerosas jóvenes a las cuales aconsejaba aquel colegio (antes de la Primera Guerra Mundial) qué maravillosos resultados lograron esas buenas hermanas. Armida Barelli, por declaración de esas Religiosas, fue una de las mejores alumnas. Años más tarde, cuando ella recibió el folleto para las ex alumnas ("Vergissmeinnicht": No olvidarme), me lo mostraba con evidente satisfacción, complacida en tejer las alabanzas de esas antiguas maestras suyas, dulces y firmes al mismo tiempo.

Si comparo ahora a la joven a la que conocí en 1910 con la mujer madura a quien la enfermedad le quitó la voz, aplastó el organismo hasta unos pocos meses antes muy válido y lo represento en mi memoria, acurrucada en el sillón, incapaz de moverme por si sola, pero lúcida en la inteligencia, inmersa en la adoración del Ss. Sacramento, despegada de todo lo que la rodeaba, incluso de sus seres queridos, y absorta en la oración, en una aceptación serena de las terribles consecuencias de la enfermedad y teniendo ante sus ojos la visión de la muerte, considerada por ella como el gran paso para ver cara a cara a aquel Jesús a quien había consagrado su vida, debo concluir que Armida Barelli recorrió un largo camino que la llevó a buscar y conquistar las virtudes que hacen que el alma sea más aceptada para Dios.

La personalidad de Armida Barelli tenía características tan naturales que la hacían inconfundible con otras mujeres: la frescura del espíritu, el ingenio intuitivo y listo, la capacidad de organizar sus propias actividades y las de los demás, el espíritu acogedor para todos, pero especialmente para los más humildes, la sonrisa constante en el labio en las relaciones con los demás, incluso cuando estaba en contraste con el dolor interno, la medida reservada en la manifestación de los afectos, la disposición a disfrutar con serenidad hasta los gozos más pequeños que Dios le donaba, la disposición para satisfacer las necesidades de los demás, una resistencia excepcional al trabajo, una firme voluntad para implementar el programa estudiado y establecido, estas fueron las notas de su personalidad natural. En una palabra: una naturaleza feliz para numerosos dones dados por Dios. ¿Hicieron estos dones naturales más fáciles el ejercicio de las virtudes sobrenaturales? tal vez; no me atrevo a decirlo en forma absoluta. Sin duda Armida Barelli, gracias al ambiente familiar característico por la total y absoluta honestidad, pero también por la libertad que brindó a sus hijos los medios para realizar sus ideales, gracias también a la guía de sacerdotes sabios, piadosos y solícitos, ella utilizó magníficamente estos dones naturales en la conquista de las virtudes sobrenaturales, que era la preocupación de su vida, como lo demuestran las notas de los cursos de ejercicios espirituales y de los días de retiro y los propósitos formulados en ellos, conservados apropiadamente con el cuidado religioso de la Marquesa Teresa Pallavicino, que fue su fiel amiga. ¿Cuáles eran estas virtudes sobrenaturales? ¿Cómo progresó en la vida interior?

* * *

Entre las virtudes sobrenaturales que caracterizaron la personalidad de Armida Barelli, en particular destaca su espíritu de fe.

Armida Barelli fue una mujer de gran fe iluminada. Como niña, tuvo una buena y sólida educación religiosa de las Hermanas de la Santa Cruz; de joven asistió a los cursos de religión que se habían constituido en Milán para enseñar "teología" a los laicos y conquistó un diploma del cual estaba más orgullosa que los otros títulos honorables que había obtenido en el estudio.

Tuvo directores espirituales hombres tan distinguidos como el padre Mattiussi S. J., Mons. Gorla, penitenciario de la catedral, el padre Arangelo Mazzotti, fraile menor y hoy el Arzobispo de Sassari, quienes le pidieron que estudiara para completar la formación religiosa; a lo largo de su vida leyó, o más bien estudió, libros alemanes e italianos sobre las verdades religiosas. Por eso su fe tenía un fundamento sólido. Repito lo que escribí con motivo de la muerte de Armida Barelli: la característica fundamental de su fuerte personalidad, considerada desde el punto de vista sobrenatural, fue la gran fe. Si queremos entender su actividad múltiple, si queremos darnos cuenta de su firmeza en perseguir los ideales que se había propuesto, si queremos comprender el significado del espíritu de sacrificio con el que entregaba generosamente y sin reservas a las obras amadas, hay que reconocer que en ella la virtud fundamental era la fe.

Fue una fe consciente, como dije iluminada; fue una fe heroica en algunas circunstancias porque supo soportar dolores, amarguras, decepciones, malentendidos, incluso por parte de personas u organismos religiosos; no crítica; y, apuntando sólo al fin sobrenatural para el cual obraba, aceptó en silencio. También fue una fe, como quien dice, tan ingenua y diría infantil, si la expresión no sonara a algunos oídos erróneamente. Quiero decir que tal fue la fe en Dios, en Jesucristo, en la Iglesia, que nunca discutía lo que se le presentaba como voluntad de Dios o como deseo de la autoridad eclesiástica o simplemente como palabra de sacerdote; se abandonaba con gran espontaneidad para hacer lo que creía que era la voluntad de Dios, pero lo hacía con una firmeza que se debe decir viril, porque es costumbre decirlo de esta manera, no reconociendo en las mujeres la fuerza que, en cambio, tiene muchas veces más que el hombre en obedecer un ideal.

¿La evidencia de su fe? De cada día y cada hora. Yo, que tuve la suerte de contar con su colaboración desde 1910 en numerosas obras, puedo decir que, cuando se estudiaba el proyecto de una obra, la referencia a la voluntad de Dios siempre estuvo pronta e inmediata. Su fe se manifestaba en su gran amor por el Pontífice, por los Obispos, por todos los Sacerdotes. Su fe se manifestaba sobre todo por su amor por el Corazón de Jesús y por su Madre divina. Repetía (y no con la palabra solamente), y lo hacía con frecuencia, que "confiaba en el Sagrado Corazón"; lo repetía en los momentos difíciles de su vida, que no fueron ni pocos ni cortos; también repetía: "Mater mea, fiducia mea" con una dulzura de expresión que también se manifestaba en el acento de la palabra; este abandono en manos de Dios era la causa de su optimismo, de su serenidad.

En todo, en los hombres, en las cosas y en los acontecimientos, buscaba la gloria de Dios. Y debe decirse que llegó a este espíritu de fe al progresar en la vida de la Gracia.

Añado, repitiendo lo que ya escribí: la razón de la predilección que tres Pontífices tuvieron por ella fue el espíritu de fe que se revelaba en sus palabras, sus intenciones, sus proyectos, sus preguntas; la misma simplicidad e ingenuidad (en el sentido más elevado de esta expresión) con la que hablaba al Vicario de Cristo despertaba en El su predilección. Esto me lo dijo Pío XI de s. m. que la escuchaba con bondad paterna y particular cuando Le mostraba ptoyectos o programas.

Su fe fue tan calentada por sentimiento cálido, pero tenía sólidos fundamentos sobrenaturales. Fue por esta razón que promovió ese movimiento para la intensificación de la vida sobrenatural que tuvo su mayor implementación en la Juventud Femenina de la Acción Católica. El espíritu de fe la impulsó a amar al Vicario de Cristo de un amor particular; siempre fue fiel desde los veinte años a la comunión diaria; y este amor por la Eucaristía queda demostrado por el hecho que fue ella a promover la adoración diaria del Santísimo Sacramento en la Universidad Católica. Si la Universidad Católica es, como dijo Pío XI, el milagro viviente, se debe al hecho de que desde la mañana hasta la noche, y desde 1921, el Santísimo Sacramento es adorado en su capilla. ¿Cómo podemos medir el bien que ha llegado a los profesores y estudiantes? ¿Cuántas almas rezaron en esa capilla? El mérito va para Armida Barelli.

Todos saben lo que ella hizo para difundir la devoción al Corazón de Jesús. Con qué alegría escuchaba las noticias que yo le llevaba del "frente" durante la primera guerra mundial, ¡cuando promovió la consagración de los soldados al Sagrado Corazón de Jesús conmigo! Con cualquiera que se entretenía, después de un rato, el discurso se volvía a hablar del Sagrado Corazón, e incitaba a honrarlo.

Ya lo he dicho, pero aquí debo recordar lo que sucedió cuando se dedicó nuestra Universidad al Sagrado Corazón. Fue en otoño de 1919 y el Comité organizador de la Universidad se reunió por primera vez en la segunda sede de la Editorial «Vita e Pensiero»: una sala luminosa en Corso Venezia, en Milán. En esa reunión (no puedo especificar en qué día fue porque todos los documentos fueron destruidos por los bombardeos), por primera vez, el nombre, que debía darse a la Universidad que iba a nacer, fue cuestionado. La Barelli e yo, desde tiempo, habíamos planteado: "del Sagrado Corazón". Es fácil imaginar las razones, pero el gran nombre despertó en la reunión una protesta. Hubo (a propósito cito anónimamente) quien dijo que este nombre podría ser bueno para un preescolar, pero no para una Universidad; hubo quienes dijeron que el título de católica era tan amplio que no era necesario especificarlo; hubo quienes propusieron, para conciliar las diversas tendencias, dedicar a la Universidad al gran santo Ambrogio y llamarla "Ambrosiana". Yo, frente a una posición tan general, tan resoluta, tan lista, me sentí intimidado y me dije en mi corazón: empecemos mal; si incluso en el nombre no estan de acuerdo las personas que he llamado para colaborar, ¿qué ocurrirá a la hora de determinar las características y la estructura de la Universidad naciente? Y me quedé atrapado en el miedo. Miré a la señorita Barelli, como

para decir: "¿Ve dónde estamos?" Su rostro era firme y serio, como cuando se trataba de tomar decisiones serias; a lo último tomó la palabra; con fuerza y calidez defendió nuestra tesis; no había duda: la nueva Universidad debía ser llamada del "Sagrado Corazón", dedicada y consagrada a Él. Todos escucharon; pero fue evidente por la expresión de los rostros que los participantes no se dejaron persuadir. "Razones sentimentales", dijo uno, y él era una persona muy calificada; "no es oportuno", dijo otro que consideraba, y con razón, las dificultades entre las cuales nacía la Universidad; "no es prudente", reforzó una tercera persona que siempre prefería las soluciones medianas, y añadió: "No debemos chocar".

Tocaba a mí responder; confieso que, ante hombres de tan alto valor, que en la vida tenían una función oficial reconocida por hombres de mayor ingenio que yo, me sentí desarmado; Intenté argumentar los motivos uno por uno; pero ciertas sonrisas entre dientes me hicieron entender que mis razones no eran valoradas; Me quedé sin palabras, cuando uno dijo: "Pero ustedes que conoce, incluso mejor que nosotros, el mundo de los hombres de la ciencia y la cultura, no debe apoyar una tesis similar, hecha para arruinar la idea grandiosa y hermosa desde el principio ". De hecho, me lo dije en mi corazón, los presentes, con la excepción de dos, no estaban convencidos de la posibilidad de comenzar una Universidad Católica; de los dos uno no estaba en condiciones de poder medir lo que nos proponíamos hacer y evaluar qué tan difícil era implementar el proyecto; el otro, monseñor Olgiati, estaba demasiado unido a mí por una comunión de pensamiento y afecto, para dudar y discutir. Hubo un momento de silencio; la cohibición parecía evidente; temía que nos disolviéramos sin concluir nada.

La señorita Barelli rompió el encanto, nos dijo: "El Sagrado Corazón quiere así; quiere que la dediquemos a Él; lo hemos prometido: debemos hacerlo; si lo haremos tendremos su ayuda; si no lo haremos, seremos abandonados a nuestras pobres fuerzas y fallaremos ».

Nadie se atrevió a responder; incluso aquellos que dudaban de que fuera un proyecto factible hicieron objeciones más de forma que de contenido. La batalla se venció exclusivamente por el coraje y la fe de la señorita Barelli.

Y de este mismo espíritu de fe lleva otra prueba otro episodio.

En 1924 se trataba de obtener, del Estado, el reconocimiento legal de la Universidad como Universidad libre. Largas negociaciones con los Miembros del Consejo Superior de la Pública Instrucción, muchos de los cuales estaban en contra; graves dificultades con los funcionarios del Ministerio; en el fondo, el único que era favorable fue Giovanni Gentile, quien, pero, ya no era Ministro de la Pública Instrucción, excluido por Mussolini y reemplazado por el senador Casati; Gentile era, sin embargo, Presidente del Consejo Superior de la Pública Instrucción. Un día un telegrama de Gentile me llamó a Roma; los más rebeldes se habían doblegado; los relatores habían acordado dar una opinión favorable; era necesario encarar la votación tenía. Gentile me dijo que las objeciones restantes se centraron en el primer artículo del Estatuto que sonaba, como todavía suena hoy: «La Universidad Católica del "Sagrado Corazón" de Milán ... tiene la finalidad de contribuir al

desarrollo de los estudios y preparar a los jóvenes para las investigaciones científicas, los cargos públicos y las profesiones liberales con una instrucción superior adecuada y una educación moral informada a los principios del catolicismo".

El resto del Estatuto parecía bueno y digno de aprobación.

Gentil me dijo que estaba dispuesto a aceptar incluso ese primer artículo del Estatuto porque era bueno que una Universidad Católica se declarara así no solo en el nombre, sino también en el Estatuto. Pero estaban los irreducibles. Hay que recordar que los pactos de Letrán aún no se habían establecidos; estábamos en el régimen de las Guarentigie; muchos consejeros eran viejos liberales, por la estructura mental enemigos del catolicismo o, más bien, incapaces de entender sus altos ideales. Gentile, después de una conversación en la que se pesaron los pros y los contras, me dijo: "Antes que hacer rechazar el Estatuto y la erección de la Universidad por el Consejo Superior, es mejor que abandonemos el primer artículo; le damos una estructura anodina». Cabe señalar que Gentile, como Ministro en 1923, me llamó un día a Roma para colaborar en la redacción de los artículos de la ley del 23 de noviembre de 1923 que reformaban las Universidades y que instauraban las Universidades libres; yo revisaba los artículos que se refieren a estas y proponía las modificaciones que consideraba apropiadas, eso lo hice en unos días de trabajo incansable en las salas del Gabinete del Ministro.

Habiendo escuchado la propuesta de Gentile, volví a Milán en avión; reunido a toda prisa el Comité organizador, todos acordaron aceptar la propuesta de Gentile para llegar a buen puerto: la señorita Barelli puso la única oposición. Yo tuve una idea: desde hace dos años, ocupaba el trono de Pedro Pío XI, quien nos había aconsejado a cada paso. "Vamos a Él", dije; Él nos dirá la voluntad de Dios». La señorita Barelli, Necchi e yo fuimos a Roma y fuimos inmediatamente recibidos por el Papa. Una audiencia memorable; desafortunadamente, el informe que había elaborado sobre esa también fue destruido en los bombardeos. Una larga discusión; al final de la cual, en ese rostro noble, vi lo sereno, la ira, el dolor, las esperanzas, las nubes negras, que Él rompió, diciendo: "Lo bueno de ver a nuestra amada Universidad reconocida como una Universidad libre, y de romper una vieja tradición es tal y tan grande, que es prudente aceptar el consejo de Gentile, tanto más desde que se ha comprometido, como Presidente, a guiar al Consejo a la aprobación del Estatuto".

Acababa de terminar de hablar, que la señorita Barelli rompió en lágrimas sin decir una palabra; las lágrimas mojaban su rostro; todos estábamos conmovidos; no nos atrevíamos a hablar; ella sola, en lágrimas, con una voz quebrada dijo, después de haber calmado la primera emoción: "Santo Padre, haremos lo que Usted decidirá; pero Le ruego considerar de nuevo: ¿este artículo conservará el carácter católico de la Universidad en el futuro? Por favor: nos diga lo que tenemos que hacer; con el coraje que nos ha dado Su bendición, enfrentaremos la batalla y venceremos».

Todos teníamos lágrimas en los ojos e incluso Pius XI las tenía. Nuevo y más largo silencio. Luego: "Es verdad; la señorita Barelli tiene razón; es la voz de la confianza en el Sagrado Corazón que habla en ella; acepto su opinión; también debemos pensar en el futuro; por eso nos enfrentamos a la batalla; usted, Padre, vaya, informe e yo celebraré por la mañana la Santa Misa para que se haga la voluntad de Dios».

Gentile escuchó, también él conmovido, mi historia de la audiencia pontificia y dijo: "Intentemos la batalla". Mientras estaba reunido el Consejo Superior de la Pública Instrucción, yo oraba en la iglesia cercana de S. María sopra Minerva. Un empleado de confianza, que tenía que avisarme, en cierto momento entró corriendo en la iglesia y me sacudió un poco bruscamente, mientras estaba inmerso en la oración, y me dijo: "Todo aprobado; y bien; venga, Padre; el Presidente Gentile quiere verlo de inmediato para concluir lo que se necesita hacer».

Los dos episodios dicen lo que la Universidad Católica debe a la fe valerosa y firme de la señorita Barelli, a su confianza en el Sagrado Corazón. Armida Barelli practicaba la caridad de una manera poco común; caridad es amor por Dios; caridad es amor al prójimo.

Se podría decir mucho para testimoniar su amor por Dios; me limito a recordar un hecho. En las numerosas conversaciones que tuve con ella, para las diversas obras que juntos promovimos o cuidamos, cada discurso comenzaba o acababa con una referencia precisa a Dios, y esto porque ella era movida en todas sus actividades por el propósito de amar a Dios y hacerlo amar.

La caridad para el prójimo se ejerce sobre todo para procurar el bien espiritual de las almas. Sabiendo que un alma vivía en pecado, se empeñaba, pedía ayuda a todos, para convencerla de que rompiera el vínculo del pecado y volviera a la paz con Dios. Ya que a este respecto me pedía consejo, puedo decir que en muchos casos dedicó tiempo sin medida, omitiendo cualquier otro compromiso aún serio, haciendo largos viajes, recurriendo a todos los medios santos y buenos con el fin de reconducir un alma a salir de la condición de culpa. Muchos son los sacerdotes que fueron llamados para ayudarla a salvar almas.

Lo que hizo en el período electoral de 1948 fue amor por la patria. Visitó todas las ciudades; en todas partes hablaba a las jóvenes y mujeres de Acción Católica para empujarlas a cumplir y a hacer cumplir con su propio deber en las próximas elecciones. ¡Cuántas noches pasó viajando! ¡Cuántos discursos en público y en privado! ¿Fue esta una propaganda electoral? Aquellos que miran las cosas desde afuera pueden decir eso. Fue sincero amor por la patria, fue sincera caridad hacia el prójimo, fue celo por el bien de nuestra tierra lo que la movía. Creo que puedo decir que, entre las causas que determinaron la grave enfermedad que la llevó a la muerte, no debemos olvidar los enormes e inhumanos esfuerzos de este período de tiempo. En vano le rogué que tuviera compasión por sí misma.

La caridad por el prójimo también se revela por este hecho. Cuando se acercaba la Navidad, o la Pascua, pasaba las noches, digo las noches, y numerosas, para preparar para un número infinito de personas un regalo, una imagen, un recuerdo, sobre todo un pensamiento. Y no por sentimiento humano. Cuando la reprendía y la exhortaba, pero siempre inútilmente, a acostarse no más tarde de la medianoche, ella me decía: Considere, una escrito, una imagen, un recuerdo acarrea una sonrisa al alma, y también tengo una oportunidad de sugerir un buen pensamiento religioso. Hay muchos a quienes conozco que mi saludo y mi recuerdo sirven para hacer bien. ¿ puedo prescindir de enviarlo?

¿Y la caridad para los pobres? Cuando ella cerró sus ojos a la vida mortal, se presentaron numerosas personas a quienes ella había ayudado, escondidamente. En su balance, siempre he constatado que cada año reservaba una suma relevante para los pobres, con quienes no escatimaba. Y los pobres a los que ella ayudaba no eran solo la pobre gente que carecía de pan. En ciertas circunstancias, no dudó en privarse de las joyas y de parte de su propio patrimonio para ayudar a aquellos que se encontraban en una situación difícil y no podían salir con sus propias fuerzas. Generosa fue también con Sacerdotes, Religiosos y Religiosas. Especialmente admirable es su generosidad con los Sacerdotes; porque se conmovía por su pobreza, recurría a las hermanas y madres de ellos para saber qué necesitaban; pero ayudaba escondiendo la mano que donaba. Solía decir que se necesitaba poco para hacer feliz a una criatura; un acto amable, una palabra buena, una ayuda en el momento oportuno hacen amar a nuestro Señor a través de un acto de caridad, por el cual se realiza ese mismo acto de caridad.

* * *

La virtud de la esperanza era grande en Armida Barelli. Frente a la cama de los jóvenes afectados por una grave enfermedad, la oí decir una y otra vez palabras de esperanza sobrenatural para infundirlas en el alma de aquellos en quienes la vida estaba apagando la certeza del Reino de los cielos.

Ella misma alimentó la esperanza sobrenatural del Reino de los cielos. ¡Con qué acento hablaba del Paraíso, de la vida futura, de la luz de la gloria! Nunca, incluso en las circunstancias dolorosas de su vida, la vi dudar de la ayuda de Dios, de la Virgen y de los Santos.

Me parece que puedo concluir lo que mencioné brevemente sobre la fe, la caridad y la esperanza de Armida Barelli, que muchos sacerdotes tuvieron su ayuda en su vida interior. No es que se atreviera a predicar o amonestarles; no, esto no me parece se lo permitiéra nunca; pero poseía el secreto de incitarlos de mil maneras al ejercicio de estas tres virtudes. Usaba las santas astucias de las almas que verdaderamente aman a Dios; y a nadie le mostraba lo que había hecho.

* * *

Ahora debo testimoniar sobre el carácter franciscano de la vida de Armida Barelli.

Yo considero, sobre la base de la experiencia, que franciscanos se nacen; si me piden que defina el franciscanismo, respondo que no soy capaz de hacerlo; hay que vivirlo para saber lo qué es; y para vivirlo uno debe observar el Santo Evangelio "sine glossa, sine glossa", como enseñaba San Francisco. Creo que puedo decir que Armida Barelli fue fiel a una fórmula de vida franciscana que puede resumirse de la siguiente manera: eliminar los deseos inútiles; actuar en una laboriosidad correspondiente a su propia vocación, tan compacta y rápida como para no dejar brechas para las fantasías y los sentimentalismos; siempre caminar por la vía maestra, bajo el sol; contentarse con poco y disfrutar de todo; vivir día a día en la pobreza liberadora; esperar el dolor como un amigo; amarlo celosamente como un signo de predestinación; confiar en Dios y siempre querer su voluntad.

Pero para dar fisonomía franciscana a la vida necesitan, como elementos esenciales, amor y pobreza; necesita concreción y acción. Es necesario unir lo temporal y lo eterno abrazando el universo en una sola línea, simple e infinita como un círculo, que tenga como centro a Dios. Así, el joven Dante concibió el amor franciscano. Este amor, mientras guía al alma que se entrega hacia el gozo perfecto, tiende a difundir la alegría de vivir, tratando de llevar a cabo desde hace siete siglos la tarea histórica de poner de relieve sobrenaturalmente la vida en todas sus manifestaciones, desde aquellas mínimas de cada día a aquellas sublimes del dolor, de celebrarla como don de Dios afuera del placer, por encima del sufrimiento, más allá de las formas "dionisiacas" en las que los hombres buscan la felicidad en vano; en fin, transfundir en vida el bien supremo de la Fe y poner todos los bienes de la vida a servicio de la Fe.

Así fue la vida de Armida Barelli; tales fueron sus pensamientos, su voluntad, su piedad; ella fue sin duda un alma franciscana franca y profunda, y añado: no lo era sólo para si misma, sino también para los demás, que incitaba a seguir a San Francisco de Asís para imitar a Jesucristo más fielmente.

El suyo fue un franciscanismo iluminado. Había leído y estudiado no sólo los documentos de la vida de San Francisco y de la primitiva vida franciscana, sino que también conocía la teología y el ascetismo franciscano, conocimiento obtenido mediante el estudio de obras de valor, especialmente de San Buenaventura. Entre sus lecturas preferidas estaban las admoniciones de San Francisco, los aforismos de B. Egidio, los sermones de San Bernardino, las cartas y las intenciones de San Leonard de Porto Maurizio.

Su piedad franciscana fue activa, aspirando a liberar al alma de toda imperfección, privada del todo de escrúpulos. La oración y la meditación sobre la Pasión de N. S. Jesucristo fueron las preferidas.

Amaba y practicaba sinceramente la pobreza; era generosa con los demás, pero parca, más allá de las palabras, consigo misma. Sobre todo era evidente que entre los

caracteres del franciscanismo que Armida Barelli adoptó, el principal fue la acción. Se sabe que San Francisco vio la acción bajo un aspecto, para su época, muy nuevo; recordó a los hombres, consumidos en el ascetismo solitario, el valor religioso de la vida activa, siguiendo el Evangelio, imitando a Jesucristo, incansable de corazón y mano en la voluntad de servir a Dios. Y también se sabe que la acción entendida de acuerdo con la doctrina de los doctores franciscanos parte del "quiero" deliberado en la conciencia y, por lo tanto, es ante todo interior. Cuando los maestros franciscanos medievales hablan de "obrar", "esmerarse", no entienden el hacer, el trabajar en el que la energía humana se atormenta y se complace; más bien entienden el esfuerzo del espíritu por vencer los movimientos inferiores y unirse con Dios, donde la oración misma es un duro combate, mientras que la ociosidad es cualquier solicitud o esfuerzo no dirigido a la eternidad. Corresponder de inmediato a la inspiración divina, no perder nunca un minuto, considerar la conversión un renovarse de hora en hora, y regresión el no avanzar, considerar culpa omitir unas obras buenas y mejor regalo vencer a sí mismo en la batalla diaria del orgullo y de los sentidos, este es el programa de acción de San Francisco que es también programa de todo cristiano, no tiene nada original en sí mismo; pero es original por el espíritu y el ímpetu con que el Santo lo lleva a cabo; la originalidad comienza donde él proyecta este movimiento de su conciencia en la vida social. Ahora quien ha conocido a Armida Barelli sabe que ella ha actuado generosamente este programa: la voluntad identificada con la voluntad de Dios; el apostolado entendido como vocación; el trabajo amado y cumplido con alegría.

Pero el trabajo no extinguía la vida interior en Armida Barelli. Todo el mundo sabe que la vida activa es difícil, porque roza el peligro de amar a las criaturas más que a Dios; es espinosa, porque acepta la lucha del corazón, que, incluso sabiendo cómo solo el infinito puede satisfacerla, e incluso queriendo permanecer fiel a su Dios, siente el hechizo de las cosas fugaces. Amar y no querer amar; desear y no querer desear; vibra a la belleza de cambiar vida y no querer disfrutarla; dejarse llevar por la corriente e ir contra corriente, sentir la fiebre de las magníficas conquistas y permanecer parados en un lugar oscuro de combate, eso es ser valiente. El heroísmo que requiere una acción realizada identificando la voluntad propia con la de Dios fue la característica y la acción de Armida Barelli; por lo tanto su acción fue siempre y exclusivamente religiosa.

Recuerdo que Armida Barelli siempre inspiró su conducta en la concepción mediante la cual San Francisco llenó la brecha entre la acción y la oración, entre la vida activa y la vida contemplativa; en su alma la acción se convertía en oración, la oración en acción; pero esto no era suficiente para ella y, por lo tanto, dedicaba muchas horas del día a la oración. Fue fiel al concepto franciscano de actuar sobrenaturalmente en el corazón de la realidad, por más tentadora o repugnante que sea. Igual que el hermano laico buscador va de casa en casa para llevar la bendición de Dios por un pedazo de pan, igual que el predicador famoso reúne dolores y aspiraciones de pueblos y risas de almas y problemas sociales para hacerlos materia viva por su palabra de admonición, así Armida Barelli, como Terziana fiel, llevaba la paz entre los hombres de incógnito, instándolos con ejemplo a hacer el bien por amor de Dios. Ella sabía que el Terciario debe hacerse escudo sólo con su pequeño hábito y

arma con su cordón; por lo tanto, se presentaba a todos con humildad de actitudes, con una visión optimista del mundo, con palabras simples pero firmes; hablaba a todos de Dios y de su gracia; hacía conocer a todos abiertamente que estaba vinculada a San Francisco con el cordón del Terciario, pero lo hacía sobre todo viviendo su doctrina y traduciéndola en obras. En su apostolado, Armida Barelli recordaba el dicho del Beato Egidio: "Si desea trabajar bien, corte sus manos y trabaje con su corazón"; por lo tanto, en su apostolado se guió por la persuasión de que la acción para propagar, para dar a conocer, para hacer amar a Dios es inútil sin el amor que le quita todo lo que es seco, pretencioso, pedante, que a veces aleja en lugar de atraer o está esclavizado por los picaros con finalidades humanas. Repetía con frecuencia un dicho alemán aprendido en Menzingen: que una gota de miel vale más que un barril de vinagre para trabajar entre los hombres. Creía y enseñaba a sus hermanas que no deben esperar las dulzuras místicas y que, más que la dulzura de la contemplación o el éxtasis, la lealtad plena a Dios y a la Iglesia es válida para quienes trabajan en el mundo y con los medios del mundo.

Si la oración y el sacrificio son los estímulos para actuar con un fin apostólico para todos los cristianos fieles a Nuestro Señor, Armida Barelli en sus planes para el apostolado siempre recordó que la característica de eso es la concreción hecha de simpatía, de pobreza, de actividad leal, rápida, incansable; recordaba a las jóvenes de la Juventud Femenina de Acción Católica que, más que las manos, debe ser usado el corazón para hacer el bien, y no se debe esperar ni reconocimiento, ni comodidades, ni honores, ni descanso.

Armida Barelli no era ni una mística ni una contemplativa; ni nunca hubo éxtasis; admiraba y amaba a los Santos que tienen estos dones; pero ella se juzgaba indigna de todo esto; se sentía pequeña en el vasto mundo; ella gozaba no ilusionarse juzgando a sí misma no provista de dones especiales; y agradecía a cualquiera con un reproche, con un gesto le recordaba que era una pequeña mujer frágil.

Armida Barelli sufrió grandes dolores, causados especialmente por aquellos que no la conocían y malinterpretaban su forma de actuar. Pero nunca comentaba a ninguno de sus dolores, los conozco a través de varias maneras; así como conozco los dolores que sufrió por las almas que amaba mucho y que con su dolor condujo a la vida cristiana. Como buena y sincera franciscana, en lugar de encerrarse en su propio dolor, que es el egoísmo supremo, ofrecía todo a Dios en silencio en la oración.

Armida Barelli amaba la naturaleza, como todos los franciscanos; en su casa en Pegli, donde gozaba de la belleza del mar que se extendía ante su ventana, y la visión no era turbada por ningún edificio, durante las breves vacaciones que la salud la obligaba a tomarse en medio del invierno más crudo, para obedecer a quien lo exigía, contemplaba un momento y luego terminaba la contemplación con la oración: muchas veces recitaba el Cántico de las Criaturas de San Francisco que tenía de memoria. Amaba las montañas y los bosques que rodeaban su casa de Marzio donde buscaba refugio, decía, para descansar; en realidad para trabajar más, en silencio. Una flor, un árbol, la corona de las montañas, en medio de la cual se destaca el Monte Generoso, le daban gran alegría; e inmediatamente

decía: esta inmensidad de panoramas me habla de la bondad de Dios; ¿Por qué muchos hombres no aprecian la naturaleza como un regalo?

* * *

Después de una vida dedicada a la acción, vino la enfermedad y la pérdida de las fuerzas; la enfermedad la inmovilizó en la cama o en un sillón. Pero Armida Barelli recordó que el dolor físico no impide el trabajo y trabajó hasta el final, utilizando las fuerzas que se apagaban. Recordando que el dolor es un don de Dios, una señal de honor, lo llevó con gozo, como el único bien en que el hombre puede gloriarse. Y se lo decía a quien la atendía. Cuanto más se sentía clavada en su sillón o en su pequeña cama en que tenía pocos movimientos naturales libres, cuanto más gozaba y agradecía a Dios; reconocía que esto era el calvario natural de la vida y repetía la frase: tanto es lo bueno que espero que todo dolor es un placer para mí. Así pudo cerrar sus ojos a la vida con serenidad, teniendo ante sus ojos a la persona de Jesús, cuyo amor fue la razón misma de su vida y quien, en el pasaje a la vida verdadera, ciertamente invocaba con el corazón no pudiendo hacerlo con la boca. Cuando en las últimas horas me preguntó si aún tenía mucho por vivir, le contesté que todavía tenía que sufrir especialmente por la respiración que faltaba; ya que hace meses no tenía más la palabra, sonrió, para agradecerme, con una sonrisa muy dulce, dirigiendo su mirada a una imagen, tallada en madera, de la Virgen con el Divino Hijo en sus rodillas y señalándome, con un gesto cansado y limitado, que comprendía el más grande dolor en la tierra, el de la Virgen. Luego, después de unos momentos, sonrió de nuevo me indicó la imagen de San Francisco. Por supuesto que quería decir, y el gesto me hizo entenderlo, que San Francisco nos ayuda a encontrar, a comprender, a amar, a través de Jesucristo y Jesucristo crucificado, la voluntad divina. La muerte pierde su horrible rostro por las criaturas así preparadas por el Divino artífice; Armida Barelli cuando me saludó con la mano por última vez, unas horas antes de morir, sonrió. Tal vez el Señor ya le había hecho entender que pronto la estaba esperando la felicidad de verlo cara a cara. Y esto fue la recompensa por una vida entregada exclusivamente a Él.

Este es mi testimonio de la vida de Armida Barelli.

fr. AGOSTINO GEMELLI, franciscano